



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Servir, el horizonte de nuestra misión

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 10, 35-45 (Domingo 29 del Tiempo Ordinario – Ciclo B)



La celebración de este domingo coincide con el Día Mundial del Domund en el que, más allá de la colecta para ayudar a las misiones, oramos por todas y todos los que se están dejando la vida al lado de los últimos en aquellos lugares donde vivir es cada vez una tarea más compleja.

En el imaginario de muchos es posible que la imagen que se tenga de misión y misionero esté referida a los viejos estereotipos de hombres y mujeres que, con la cruz y la biblia, se lanzaban allende los mares a “conquistar infieles” para convertirlos en miembros de la Iglesia. No obstante, esa imagen proselitista de misión, creo que dista mucho de la verdadera labor que los misioneros de la Iglesia realizan hoy. La misión la podemos enunciar ahora como el servicio a la fe y la promoción de la justicia que el proyecto de Jesús exige.

Juan y Santiago. Los dos hijos del Zebedeo, no lo podemos negar, están absolutamente comprometidos con la causa de Jesús y, probablemente esa implicación, es la que les mueve a pedir a Jesús estar uno a la derecha y otro a la izquierda cuando llegue el tiempo de la gloria. Ellos están dispuestos a asumir los costes del seguimiento de Jesús: beber el cáliz y recibir el bautismo como resultado de una vida entregada por los demás, sin embargo, algo de la lógica del Maestro se les escapó: la **gratuidad del servicio** que conlleva el no buscar ni el reconocimiento, ni el aplauso, ni los réditos personales. Jesús lo deja muy claro: “Quien entre vosotros quiera llegar a ser grande que se haga vuestro servidor; y quien quiera ser el primero que se haga esclavo de todos. Pues este Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por todos.”

Lugares del servicio

El servicio de la fe. La comunidad de Jesús tiene como primer encargo misionero anunciar la buena noticia de la salvación y la liberación a todos pero, de manera especial, a quienes el dolor, el sufrimiento y la injusticia, entre otros, les ha hecho perder la esperanza. La voz de los profetas se levanta con vehemencia para abrir las puertas de la misericordia, la dignidad, el respeto y la inclusión porque anuncian a un

Dios que, lejos de ser juez, es un Padre bueno que desea que sus hijos tengan vida y que ésta sea en abundancia.

Este servicio de la fe también incluye el compartir los valores que, desde el Evangelio, creemos que pueden ayudar a muchos a crecer como personas para los demás y a hacer una lectura de la realidad y de la historia comprometida con las hondas transformaciones que el mundo necesita.

El servicio de la fe lo hacemos, por un lado, desde la convicción de que lo que anunciamos es una buena noticia que libera y genera vida y, por otro, desde la humildad de quienes reconocen que su aportación no se impone y que hay otras búsquedas legítimas que no podemos desconocer.

La promoción de la justicia. La fe que anunciamos no puede ser una pieza de museo, es viva y demanda la implicación de todas y todos en las causas justas que pueden hacer que la “casa común” sea en verdad la “casa de todos”. La fe nos envía a las fronteras existenciales donde los desposeídos de dignidad y las víctimas de los mercenarios de la muerte están siendo arrojados a la vera del camino o están siendo invisibilizados por la “cultura del descarte”.

La promoción de la justicia hace de los hospitales, los campos de refugiados, las organizaciones que acompañan a las víctimas de la “trata humana”, las escuelas donde los niños aprenden sus primeras letras, los centros donde los jóvenes intentan desengancharse de la droga o se tratan del VIH o las cientos de organizaciones que con los pobres luchan contra la pobreza otros “púlpitos” donde se anuncia que, desde Jesús, otro mundo es posible.

El estilo del servicio. La experiencia de Santiago y Juan nos revela dos señales particulares del modo como los discípulos han de servir:

La gratuidad. Servir sin esperar nada a cambio y sin buscar honores y reconocimientos.

La inclusión. En el corazón del servidor no puede haber lugares vetados, lugares donde solo pueden entrar los que son “de los nuestros”. El servicio es plural, ecuménico y abierto.

Termino esta reflexión cambiando la petición inicial de los amigos de Jesús por esta: Señor, queremos ser servidores a tu modo, queremos dar nuestra vida por la vida de todas y todos los que has creado. Danos un corazón generoso para entregarnos sin esperar nada a cambio. Simplemente, Señor, envíanos. Que el horizonte de nuestra misión sea siempre servir.